

# HOMILÍA

## Solemnidad del Corpus Christi

### Dt 8, 2-3;14b-16a

#### a. Contexto

Fiesta del Cuerpo del Señor, de su manifestación pública como expresión de su amor hacia los hombres, de honda resonancia bíblica: el pan, el vino, el agua, las calles (el desierto...).

Esto me da pie para retomar la cuestión del Canon Bíblico: la compilación que hace la Iglesia de los Escritos Santos no es un mero acto académico.

Sino que más bien surgen otras recopilaciones amplias, como la de los Profetas, o los Libros Históricos, o los Evangelios, con criterios de fe, para alimentar la vida de los creyentes.

Así pasa con el pasaje de hoy, del Deuteronomio, acerca del pan que Dios ofrece a los judíos al pie del Sinaí. Aquí también la enseñanza literal del contexto histórico, es asumida y superada por la Iglesia en Cristo.

Lo específico de un Libro de la Biblia viene unificado en un mensaje global, más allá de la situación inicial. La formación del canon, por tanto, influye en el sentido de cada texto, es parte vital de la inspiración.

En el caso del pasaje vétero-testamentario de hoy, la lectura desde la fe da valor, sentido mayor (*sensus plenior...*) al pasaje del Deuteronomio, que enriquece a la vez nuestra experiencia de Dios.

La estructura del Libro contiene las palabras de Moisés dirigidas al pueblo de Israel, cerca de la tierra prometida (cf. Dt 1, 1): se trata de las leyes que da el elegido de Dios para que rijan su vida por ellas.

Se trata de tres discursos de Moisés, más apéndice. El segundo es lo central del Libro (cf. Dt 4, 44-28, 68). Dentro de esta segunda parte está la sección Dt 12-25, que guarda el código legal propiamente dicho.

Por otra parte, los discursos primero y tercero manifiestan una mirada retrospectiva y de futuro. Hay una introducción (cf. Dt 1, 1-4, 43) que presenta la historia deuteronomica: Dt., Josué, Jueces, Samuel, Reyes.

Del Deuteronomio arrancan corrientes de teología centrales en la fe judía, como igualmente confluyen en él otras, procedentes de los Libros Proféticos, por ejemplo.

El autor del Libro (atribuido a Moisés de modo literario en la tradición) es un narrador que trabajó sobre los rollos descubiertos en tiempos de Josías (por el año 622 a J.C.) al reparar el templo de Jerusalén.

#### b. Texto

Dentro del segundo discurso de Moisés (cf. Dt 4, 44-28.68), el capítulo 8 está dedicado a la tierra del Señor, o sea, el regalo que Dios concede al pueblo: es la promesa inicial de Dios, la tierra prometida. Esta tierra es manifestación clara de la elección de Dios que puede entender un israelita. Canaán es tierra elegida para un pueblo elegido, Israel. La tierra es un elemento dominante en la teología del Deuteronomio.

Incluso todo el Libro viene concebido desde esta centralidad del regalo de Dios, la tierra prometida. Por eso los discursos de Moisés tienen lugar a sus propias puertas.

La tierra, meta del caminar a través del desierto, aglutina los dones de Dios que Moisés presenta al pueblo antes de entrar en Canaán. Desde la salida de Egipto no hay otra meta que no sea entrar en la tierra prometida.

Este cap.8, vs.7-18, describe el don de Dios que es la tierra, a través de ciertas fórmulas poéticas, propias de un himno de alabanza, a las que se unen mensajes de tipo exhortativo o parenético. Más concretamente, la tierra lleva en sí semilla de trascendencia, apunta a Dios, autor de ese regalo, evitándose así el riesgo de que el hombre confíe en su sola fuerza (como si todo dependiera de ella).

La insistencia en recordar el gran regalo de Dios hace ver que el autor del pasaje sabe mucho de la infidelidad del pueblo, que se atribuye a sí mismo los méritos de su buena situación, olvidándose del regalo de Dios.

Esto enlaza con el Don de Dios que es para nosotros la Eucaristía, ¿no te parece, amigo, amiga? Me refiero a una forma de lectura cristiana de la perícopa que hoy se nos propone para rezar sobre el Cuerpo del Señor.

Si el israelita debía saber que el hombre no vive sólo del pan de sus manos, sino de la palabra que sale de la boca de Dios (cf. Dt 8, 3), o sea, de sus mandamientos, también el cristiano posee mayores dones de Dios.

El sacramento eucarístico es señal de la entrega de Jesús, Pan y Palabra que sostienen la fe. Si la experiencia del desierto es signo del caminar por la vida, la presencia de Dios abre a los hombres a la vida en Él.

### **c. Para la vida**

Se trata de experiencia de fe judía: pero también, y mucho más para nosotros, de experiencia cristiana, centrada en los dones de Dios, Hijo, Pan y Palabra, Vida nuestra...

¿No te dice nada el cariño con que los judíos guardaban los Libros Sagrados que les hablaban de los dones de Dios? A mí me parece una hermosa lección para nosotros, llenos de los dones de Dios, y de Jesús.

La solemnidad del Corpus dice mucho de la alegría cristiana, que manifiesta a todos en las calles lo arraigada que se encuentra en la cercanía del Dios con nosotros: la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

Compañeros en la fe, tal vez más que nunca superando triunfalismos de otros tiempos, se nos pide la valentía de decir a las claras hoy que seguimos apostando por el amor que Dios nos tiene en Jesús.

Que ese amor, realidad palpable en el Sacramento de la Eucaristía, no es un talismán, sino la experiencia de que Él está junto a los hombres, porque su propia entrega por amor (Eucaristía) supera la mera humanidad.

Sí, amiga, amigo: Dios nos ofrece algo más que un plan de humanización, más o menos consensuado entre todos. La novedad cristiana es que Dios, que no sufre al hombre, sino que se nos viene a casa.

Se nos hace compañero, alimento, palabra de amor, certeza amable y honda, en época de pensamiento débil, cuando se le llama fundamentalismo a la mínima seguridad racional, si no es políticamente correcta (¿no, eh?)

Pues sí, hombre o mujer creyente del siglo XXI, nosotros podemos salir a la calle con el Señor, sin arrogancia, sin superioridad (¡hoy produciría desprecio y burla nada más!), sino sencillamente.

Tenemos cosas que decir a los hermanos de este tiempo: una de ellas es que Dios, el Señor Jesús es de aquí, de nuestra tierra (¡el don de Dios para los judíos!), no un extraño hoy, sino compañero de camino (cf. Lc 24).

Él da vigor y gracia a nuestras existencias, a veces muy cansinas y acomplexadas, llenas de miedos ante no se sabe qué o quiénes, tal vez porque hacen más ruido.

No vamos a competir con nadie, sino a dar público testimonio de nuestra fe. Eso sí: hará falta un mínimo de coherencia entre nuestra vida y la procesión del día de hoy: ¡vamos, digo yo...!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb  
[antonio.rodriqueroderojas@salesianos.edu](mailto:antonio.rodriqueroderojas@salesianos.edu)